

Dupont pedía no sólo la suspensión de armas, sino retirarse libremente á Madrid: á lo primero accedió Reding, y para tratar de lo segundo, fué el general Chavert á Andújar, donde se hallaba Castaños. Inclínabase éste á dejar franco el paso al enemigo; pero el conde de Tilly, representante de la Junta de Sevilla, que se encontraba presente, se opuso con energía á semejante dictamen. Prevaleció su parecer, y se rompieron las negociaciones. La situación de los franceses, sin embargo, empeoraba por instantes; pues al ruido del triunfo acudía de todos los alrededores la población armada, que, junta con las fuerzas regulares, los rodeaba y oprimía. Dupont renovó los tratos, y aunque algunos de sus oficiales superiores eran de opinión que se embistiera de repente las líneas españolas, hasta conseguir forzarlas, y Vedel propuso un ataque combinado contra Reding, él, abatido y desconcertado, se decidió á capitular. En medio, empero, de su aturdimiento, dió órdenes contradictorias: en una de ellas, dijo á Vedel que obrara libremente, en vista de lo cual Vedel levantó el campo con su división, emprendiendo la marcha hacia Despeñaperros. Los españoles, al enterarse de la ida del citado general, intimaron á Dupont que le hiciese volver ó toda su gente sería pasada á cuchillo. Dupont, en efecto, despachó órdenes apremiantes, mandando á aquel que se detuviese, por estar comprendida su gente en un convenio que acababa de ajustarse. La capitulación se firmó en Andújar el día veintidos: las tropas de Dupont eran declaradas prisioneras de guerra, y se obligaba á las de Vedel y Dufour á evacuar á Andalucía, pero debiendo dejar también sus armas en calidad de depósito, hasta ser embarcados en puertos españoles y conducidos á Francia en buques de nuestro país. Al día siguiente, Dupont entregó su espada á Castaños y sus soldados rindieron las armas; las divisiones de Vedel y Dufour, llegadas el veinticuatro abandonaron sus fusiles colocándolos en pabellones; águilas, caballos, cuarenta piezas de artillería y el inmenso botín cogido por los franceses en el saco de Córdoba y otras poblaciones andaluzas, todo pasó á poder de los españoles.

La noticia de tan fausto acontecimiento para la causa de la independencia de nuestra patria se propagó de un extremo á otro de la Península y por Europa entera con velocidad increíble: en España resonó un grito unánime de jubiloso entusiasmo; fuera de ella, los pueblos respiraron. Napoleón no era invencible. El Emperador supo lo acaecido el mismo día en que, escribiendo á José, cuya desanimación y tristes vaticinios le irritaban, se alían de su pluma estas orgullosas palabras: «No se trata de morir, sino de vivir y de vencer; triunfáis y triunfaréis. Encontraré en España las columnas de Hércules, mas no los límites de mi poder». La fatídica nueva conmovió su sér profundamente, y su soberbia humillada estalló en exclamaciones de cruel dolor y en gritos de tremenda ira, jurando vengarse terriblemente.

La corte de José tuvo conocimiento de la derrota el veintinueve de Julio, acordando después de deliberar, retirarse al Ebro en vieta de lo negro que se presentaba el porvenir.



Siguióse en esto la opinión de Savary, que reemplazó á Murat, el cual, aquejado de obstinada dolencia, marchara á Francia, de donde debía ir á ceñirse la corona de Nápoles, que su cuñado le ofreciera en lugar de la de España, con que había soñado. El Rey intruso, *Pepe Botellas*, como vulgarmente se llamaba, con notoria injusticia, pues era de costumbres arregladas, salió, por tanto, de Madrid á los diez días de haberlo pisado. Los franceses se dirigieron á Burgos, talando los campos é incendiando las poblaciones á su paso, á pesar de las exhortaciones de José, y llegaron á Miranda de Ebro, donde establecieron su cuartel general.

Mientras en el campo contrario todo eran dudas y zozobras, crecía la confianza en el español, por virtud de los hechos gloriosos y señaladísimos triunfos de que eran teatro Aragón, Cataluña y Portugal. La inmortal Zaragoza, tras haber detenido delante de sus puertas á las huestes de Lefebvre y de Verdier cerca de dos meses, rechazando con imponderable arrojo sus insistentes ataques, les libraba en las mismas calles épicas batallas, resuelta á expulsar al invasor ó á enterrarse con él bajo los escombros de la ciudad, cuando los franceses recibieron orden de replegarse á Navarra, que cumplieron en la mañana del catorce de Agosto, luego de volar sus almacenes, los edificios de monte Torrero y el monasterio de Santa Engracia que habían ocupado, de destruir pertrechos de guerra y de tirar al canal más de sesenta piezas de artillería. En este memorable sitio, que costó al enemigo más de tres mil bajas y cerca de dos mil á los españoles, dió pruebas Palafox de inquebrantable firmeza, y la constancia y el heroísmo de los zaragozanos todos, sin exceptuar las mujeres, rayaron en lo sublime. Dos días después, aprovechando las sombras de la noche, Duhene, que reforzado con la división de Reille había vuelto á sitiar y embestir á Gerona con formidable tren de artillería y más de once mil hombres, destruidas por las baterías de las murallas y del castillo casi todas sus obras de sitio y acometido á la bayoneta por los defensores de la plaza, echaba á los pozos las bombas, enterraba los morteros y levantaba sigilosamente el campo, logrando á duras penas tornar á Barcelona. En fin, en el vecino reino lusitano, experimentaban las armas francesas otro desastre, casi tan grande como el de Bailén.

El gobierno británico, que desde el principio del levantamiento había prometido auxilios á los diputados que Asturias y Galicia le enviaran, dispuso ahora que una expedición que tenía preparada contra la América española se dirigiese á Portugal. En su virtud, el quince de Agosto saltaron á tierra, en la desembocadura del Mondego, diez mil soldados ingleses, á las órdenes de sir Arturo Wellesley, más tarde tan famoso, los cuales, reunidos con otros cinco mil que capitaneaba el general Spencer, procedentes de Egipto, de donde pasaran á Sicilia, arribando luego á la Península, se pusieron en marcha hacia Lisboa, uniéndoseles en el camino otros mil seiscientos combatientes, sobre esperarse muy en breve el refuerzo de diez mil más, que á las órdenes de sir Juan Moore venían de Suey